

de Urbino, general de los aliados, á levantar el sitio de Génova, no haciendo despues sino un vano alarde sobre Cremona. Por otra parte el emperador habia tenido por conveniente enviar á Nápoles al virey Lanoy y á Fernando de Alarcon con siete mil españoles, que arribaron allá salvando el encuentro de las galeas del papa. En semejante ocasion dióle para su mal al pontífice la tentacion de quebrantar la tregua, procediendo abiertamente contra los Colonese, haciendo quemar y destruir en pocos dias catorce villas suyas, y excomulgando y privando de todas sus dignidades al cardenal Pompeyo Colona, contra lo capitulado con Moncada. Pidieron los Colonas favor al virey de Nápoles, que no pudo negársele como á amigos del emperador, y que por él habian padecido. Juntando pues el virey su gente con la de Colona, y con la de don Hugo de Moncada, autor de la quebrantada capitulacion, y á quien por lo mismo habia agraviado el papa, reunió un ejército de veinte mil hombres con el cual tomó el camino de Roma. Sospechó el pontífice que iba contra él, y se salió de la ciudad santa; si bien las tropas de la Iglesia fueron bastantes para detener en su marcha al virey, fijando su campo cerca unos de otros en los límites de los estados de Roma y Nápoles, fortificándose cada cual lo mejor que pudo por ser ya la entrada del invierno (fin de noviembre).

Otra mas furiosa tormenta se estaba ya formando en otra parte para descargar sobre la capital del mun-

do católico y sobre la cabeza del romano pontífice. Las tropas imperiales del Milanesado hacia tiempo que vivian del merodeo en el desgraciado pais de Lombardia; esquilmada y agotada ya la tierra, sin pagas los soldados, sin recursos los gefes, empobrecidos los naturales, y hasta apurada la plata de los templos, entregábase la soldadesca á todo género de desmanes, y el condestable de Borbon tuvo que desplegar, para mantener su gente, un sistema de rigor, de violencia y de tiranía que acaso repugnaba á su genio. Los dueños mismos de las casas en que vivian eran puestos en tortura para ver de arrancarles hasta la última moneda, si acaso alguna les habia quedado. Muchos se suicidaban, y todos vivian en la miseria y en la desesperacion. El refuerzo de los alemanes aumentaba el número y la fuerza material, pero aumentaba tambien las dificultades para los mantenimientos. Era menester sacar de tan agotado pais tal enjambre de consumidores, pero era necesario tambien para arrancarlos de allí satisfacerles algunos de sus atrasos, y halagarlos con la perspectiva de otro pais donde se indemnizáran de sus escaseces (1). En-

(1) El emperador no solo no tenia un escudo que enviarles de España, sino que las Cortes se negaban á otorgarle ningun subsidio extraordinario. En las que por aquel tiempo celebró en Valladolid obtuvo á su demanda las respuestas siguientes (13 de marzo): los caballeros le dijeron que si el mismo fuese á la guerra, cada uno de ellos le serviria con su hacienda y su persona, pero que darle dineros en Cortes parecia ser cosa de tributos y pechos á que la nobleza no estaba obligada, y le suplicaban desistiese de pedirlos: los procuradores de las ciudades respondieron, que los

tre los arbitrios que para esto discurrió el de Borbon fué uno el de vender la vida y la libertad al canciller Moron, preso en el castillo de Pavía y condenado á muerte, por precio de veinte mil ducados, con lo cual logró dos cosas, dar algunas pagas á su gente, y llevar á su lado un consejero esperto y sagaz.

Merced á estos y otros recursos que á fuerza de ingenio ó de violencias proporcionaba el de Borbon, y al ascendiente que su carácter y su capacidad le daban sobre los soldados, logró sacar el famélico ejército de Milan, y dejando encomendada esta desventurada ciudad á Antonio de Leiva, púsose en marcha (últimos de enero, 1527), é incorporándosele en el camino los lansquenets de Frundsberg, reunió así un ejército de veinte y cinco mil hombres, de países, de lenguas, de costumbres diversas, y aun de creencias distintas ⁽¹⁾, mercenarios los mas, vendidos muchos, hambrientos de pillage todos, sin artillería, sin bagages, sin dinero, que marchaban bajo la fé de Borbon, mas bien que como soldados del emperador á quien no conocian. ¿Dónde se detendrá en su devastadora marcha esta bandada devoradora? En medio de los rigores de una estacion cruda caminaron los meses de febrero y marzo por países cortados de rios y de mon-

pueblos estaban muy pobres, y les era imposible servirle con dinero: el clero contestó que cada uno con su hacienda propia le serviría lo mejor que pudiese, pero que como brazo de las Cór-

tes resistiría toda nueva imposición.—Córtes de Castilla, 1527.—Sandoval, Hist. lib. XVI.

(1) Los alemanes de Frundsberg eran ya luteranos.

tañas, talándolo todo, y sufriendo las penalidades con la esperanza de un inmenso botin. Plasencia y Boloña, protegidas por los aliados, se libraron de la tormenta que iba á descargar mas lejos, porque ya Borbon se veia obligado á marchar adelante, empujado por sus mismos soldados, impacientes de hallar el botin y las riquezas que les habia ofrecido. Llegó ya el caso de apurárseles el sufrimiento, y de rebelarse abiertamente. Algunos capitanes que intentaron sosegarlos perecieron víctimas de su cólera, y el mismo Borbon tuvo que esconderse para librarse de sus primeros arrebatos. Al fin se apareció cuando los vió algo mas en calma, y usando de su particular habilidad para manejar los corazones y las voluntades de los soldados, logró persuadirlos de que sus esperanzas estaban próximas á cumplirse, y los alentaba con su ejemplo caminando á pié con ellos y tomando parte en sus canciones y en las chanzonetas con que buscaban alivio á sus trabajos, trabajos que procuraba tambien hacer mas tolerables permitiéndoles saquear las poblaciones y comarcas por donde transitaban ⁽¹⁾.

Temió ya el papa Clemente que la tempestad fuera á descargar sobre Florencia ó sobre Roma, y temblando por la seguridad de ambas ciudades, vacilante y zozobroso sobre el partido que debería to-

(1) Hállase mas estensamente chi, y en la Historia de los referida esta marcha devastadora Frundsberg. en Guicciardini, Sismondi, Var-

mar, al fin se decidió á entrar en tratos con el virey Lannoy, con quien ajustó un concierto bajo las bases siguientes: tregua de ocho meses entre el ejército pontificio y el del virey; que los Colonas serian re- puestas en todos sus bienes, empleos y dignidades; que él anticiparia setenta mil escudos-para los gastos del ejército imperial de Lannoy, y que éste iria á Ro- ma para impedir que el de Borbon se acercara á Ro- ma ni á Florencia. Con esto el papa se contempló ya seguro, y entregándose á una confianza imprudente y ciega, licenció todas sus tropas, no conservando mas que los suizos de su guardia⁽¹⁾. Lannoy en cumplimiento del tratado, y de buena fé, á lo que se cree, envió un mensaje á Borbon haciéndole saber el concierto que tenia hecho con Su Santidad, pidién- dolo que detuviera su marcha. Borbon, que se halla- ba ya resuelto á llevar adelante su plan, y que esta- ba comprometido con sus soldados, contestó que él solo recibia órdenes del César: Pidióle Lannoy una entrevista, y Borbon la eludió, prosiguiendo su mar- cha hácia Florencia. Ni era ya dueño de contener el ímpetu de sus soldados. Florencia acababa de ser so- corrida por el duque de Urbino, y entonces Borbon se decide á anunciar á sus tropas que donde las va á

(1) El historiador Guicciardi- ni, que se hallaba á la sazón en el ejército de los aliados como comisario general del papa, mani- fiesta que no pudo concebir la ra- zon de una confianza y de una medida semejante en un hombre naturalmente desconfiado y tímido, como era el pontífice Clemen- te.—Guicciard. lib. XVIII.

llevar es á Roma, donde les serán pagados todos sus atrasos, y los anima con el próximo saqueo á que va á entregar la ciudad eterna. Los soldados acogen el anuncio con universal regocijo, y aclaman á Borbon con entusiasmo.

Cuando el pontífice suponía aun en Toscana el ejército imperial, quedóse asombrado de saber que tenia ya á Borbon casi bajo los muros de Roma (5 de mayo). Aun entonces confiaba en que un ejército sin artillería no era posible que se atreviera á acometer la ciudad, y limitó su defensa, y en verdad ya no tenia tiempo para otra cosa, á armar á los criados de los cardenales, á reunir los soldados licenciados y los artesanos de Roma bajo el mando de los *caporioni*, y á excomulgar á Borbon y á sus tropas: con esto pen- saba poder defenderse, al menos hasta que llegaran los aliados. Pero no eran Borbon y los suyos gente ni á quien intimidaran aquellas censuras, ni á quien detuvieran aquellos débiles medios de defensa. Todos iban resueltos á no malograr tan penosa marcha, á indemnizarse de sus escaseces, á saciar su sed de botín, y á hacer memorable aquella jornada. Una den- sa niebla ocultaba sus movimientos hasta aproximarse al muro. Borbon se vistió un traje blanco sobre su armadura para que todos pudieran verle y distinguirle de lejos. Dividió su ejército en tres cuerpos, uno de españoles, otro de alemanes y otro de italianos, y á cada uno le destinó á asaltar un lado de la muralla.

«Ea, compañeros y hermanos, les dijo; vais á combatir á Roma, la cabeza del mundo y la dominadora de las gentes: ved que la honra del emperador está en vuestras manos, y espero que correspondereis á la fama que llevais de ser los mejores y mas bravos soldados que se conocè.»

Hecho esto, y dada la voz de asalto (6 de mayo), arrojáronse todos escala en mano á trepar por la muralla. Los primeros asaltadores caian casi todos al nutrido fuego de arcabucèria con que los recibian los veteranos y la guardia suiza del papa. Viendo esto el duque de Borbon, arranca una escala de las manos de un soldado, se adelanta á todos, «¡seguidme, compañeros!» les dice, clava la escala en el muro, y trepa por él denodadamente. Pero en este instante un tiro de mosquete le atraviesa el cuerpo, le derriba al foso, se siente herido de muerte, y manda que cubran su cuerpo con una capa para que los soldados no le conozcan y no se desalienten. A los pocos momentos dejó de existir el condestable de Borbon, como si de intento hubiera buscado la muerte, para no oír los terribles anatemas que la Iglesia habia de lanzar sobre el autor del horrible atentado que se iba á cometer.

Ni se pudo ocultar su muerte á los soldados, ni estos desmayaron por verse sin general: antes creciendo su rabia y su corage, se arrojaron como furiosos leones sobre el muro, los españoles al grito

de ¡España! ¡imperio! y todos al de ¡Sangre, venganza!, y muriendo y matando se apoderaron de las murallas; los lansquenets alemanes arrancaron la artillería á los del papa, y abriendo paso á los españoles é italianos, derramáronse todos como rabiosos tigres por la ciudad, degollando á los romanos con sus *caporioni*, y tiñendo sus espadas en la sangre de los doscientos suizos de la guardia del pontífice dentro de la iglesia misma de San Pedro. El papa huyó con algunos cardenales y los embajadores, del Vaticano á San Pedro, y de San Pedro al castillo de Sant Angelo, que en otra ocasion no muy remota le habia servido de momentáneo y poco seguro asilo. Poca resistencia hallaron ya los vencedores para ir ganando y enseñoreando toda la poblacion: de seis á siete mil romanos habian perecido; y cuarenta mil soldados sin gefe, feroces, libertinos y codiciosos, cuarenta mil bandidos recorrian desaforadamente las calles, las plazas y los templos de la ciudad santa, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar ni edad, ni sexo, ni estado, ni clase, y tratando con igual brutalidad á hombres y á mugeres, á cardenales y á sacerdotes, á nobles y á plebeyos, á ancianos y á niños, á casadas y á doncellas.

«Nos falta aliento, esclama al llegar aqui un historiador de nuestro siglo, para referir por menor tantos horrores. Atila, á la cabeza de sus hordas salvages, habia respetado á Roma, defendida por la

magestad de sus pontífices; Alarico y Genserico la habian saqueado dos veces; pero las devastaciones de los godos y de los vándalos no tuvieron este carácter de licenciosa ferocidad, este tinte de impía y burlesca rabia que se mostró en el saco de Roma. Reservado estaba al siglo de los Médicis dar un espectáculo que no había visto el siglo VII: soldados ébrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades: cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfrenada, abofeteados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violacion y al pillage; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos, hijas deshonradas á los ojos de sus madres! Por lo demas, estas sangrientas saturnales, duraron, no tres dias, sino ocho meses; bajo la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el odio contra el pontificado. Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, las torpezas y los crímenes de Alejandro VI. y de los Borgia habian dado su fruto: Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habian dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Mar-

tin Lutero bajo los muros del castillo de Sant Angelo los españoles aplaudian las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisicion hubiera quemado en Sevilla; ellos recogian con sus fatigadas manos las víctimas que se les escapaban. Mas licenciosos que crueles, mas groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivia, se dormian como muertos en los conventos de que habian hecho sus serrallos; pero los españoles eran desapiadados: habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la Inquisicion, parecia gozar mas en los suplicios que en el, vino y en la lujuria.... (1)»

(1) El que hace esta triste descripción es Rossew-Saint-Hilaire en el lib. XXI. cap. 4 de su Historia de España.—En la Historia de los Frundsberg, de donde parece que lo ha tomado, se dice (fol. 114 b.): «Se ató á muchos cardenales, obispos y prelados, las manos á la espalda, y se los paseó por las calles hasta que pagáran su rescate. Los templos y los conventos fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del papa Julio II, un anillo de oro. Todos estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos: los españoles especialmente se escudieron con las mugeres y las doncellas á la vista de sus padres y amigos. Los alemanes se contentaron con comer y beber, y con módicas contribuciones, pero los soldados andaban

sin freno, como que no tenian gefes.»

«Se calcula (añade en el folio 115) en diez millones lo que se robó en objetos de oro, de plata y de piedras preciosas.»—«Los lansquenets se pusieron los birretes de los cardenales, se vistieron sus largas vestiduras encarnadas, y recorrieron así las calles montados en jumentos, haciendo así bufonadas y mogigangas.....»

«Duró esta obra no santa (dice nuestro obispo Sandoval) seis ó siete dias, sin el primero, en que fueron hechas mayores fuerzas é insultos de lo que aqui se puede decir. Todo esto padeció la triste Roma, y este fué el fruto que sacó Clemente VII. por su mala y ambiciosa condicion, sin quererlo el emperador ni pasarle por el pensamiento.»

Puede verse sobre el asalto y saqueo de Roma á Guicciardini, lib. XXVIII.—Paolo Giovio, Vit. Colonn.—Commentar. de capta

Tomó al fin el mando de las tropas imperiales, despues de la muerte de Borbon, el príncipe de Orange Filiberto de Chalons, francés y proscrito como aquél, que con gran trabajo pudo hacer que los soldados dieran alguna tregua al saqueo, y le siguieran y ayudáran á bloquear el castillo de Sant Angelo. El papa conoció su error en haberse retirado donde otra vez ya se habia visto obligado á rendirse, pero esperaba que no dejarían de acudir los aliados á libertarle. Vana é ilusoria fué la esperanza del pon-

urbe Romæ.—La Historia de los Frundsberg.—La de las Repúblicas italianas de Sismondi.—La de Nápoles, de Giannone.—La vida de Carlos V., por Ulloa.—La Hist. de Italia, por Leo y Botta, lib. XI. c. 4.—Sandoval, Robertson y otros historiadores modernos.

En unas cartas escritas al canceller Gattinara por persona que se hallaba en Roma en aquel tiempo, y que se conservan en el Archivo de Simancas, se ven confirmados todos los horrores de aquel terrible saqueo. «Y no crea V. S. (dice entre otros muchos cuadros que presenta) que se pueden decir ni creer las crueldades que se han hecho y se hacen de cada dia si no se viése..... que no ha bastado tomar los dineros y la ropa; sino prendernos á todos para rescatarnos despues, y sacar á vender á las plazas á muchos hombres honrados, entre los cuales ha sido uno el obispo de Terrachina, que es un tudesco abreviador y clérigo de cámara muy rico, que estaba para ser cardenal. Y cuando no había quien los comprase ó rescatase, los jugaban á los dados, así á españoles como

á tudescos italianos, sin exceptuar ninguna nacion ni calidad de persona.»—Dos fragmentos de estas cartas se insertaron en la Coleccion de documentos inéditos, tomo VII.

«Roma, dice Artaud de Montor en la Historia de Clemente VII., habia sido saqueada por los galos á los 372 años de su fundacion; por Alarico, rey de los godos, el 24 de agosto de 410 de la era cristiana; por Genserico, rey de los vándalos, en 455; por Odoacro en 467; por los ostrogodos en 536; por los godos en 538; por Totila, rey de los godos, en 546, y otra vez en 17 de setiembre de 548; por el emperador Constante II. el 3 de julio de 663; por los lombardos en 750; por Astolfo, rey de la misma nacion, en 775; por los sarracenos de Africa, en 896; por el emperador Arnolfo en 996, y por el emperador Enrique IV. en 1084. Pero los escesos, las matanzas ejecutadas por el ejército de Carlos V. hicieron olvidar á los romanos la rapacidad de los bárbaros que la habian despojado.»

tífice. Desde la torre del castillo pudo divisar las banderas del duque de Urbino que se acercaron á la ciudad; pero el de Urbino, enemigo de los Médicis, parecia haberse propuesto insultar la desgracia mas que socorrer al pontífice, pues sin otra demostracion se retiró so pretexto de ser la empresa peligrosa. El marqués de Saluzzo, al frente de una hueste francesa, se contentó con hacer otro alarde igualmente desdeñoso. Parecia que todos daban por muerto al papa y por muerta tambien la dignidad pontificia, y no pensaron sino en repartirse sus despojos. El de Urbino se apoderó de Perusa, el duque de Ferrara tomó á Módena; Malatesta á Rímíni, y los venecianos á Rávena. Florencia aprovechó aquella ocasion para sacudir el dominio y gobierno de los Médicis, y restableció la república. El papa, abandonado de todos, tuvo que capitular, ó por mejor decir, tuvo que suscribir á las proposiciones que quisieron hacerle.

Obligóse el pontífice á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército imperial; á entregar las ciudades de Parma, Plasencia, Ostia, y casi todas las plazas fuertes de la Iglesia, y á permanecer prisionero en el castillo hasta que se cumpliera la capitulacion. Hecho este asiento, el príncipe de Orange encomendó la guarda y custodia del pontífice á don Fernando de Alarcon, el mismo á cuyo cuidado habia estado la persona de Francisco I., siendo de este modo Alarcon el guardador de los dos mas grandes personajes

que en muchos siglos se vieron en prision en Europa; que sin duda el que habia sido fiel carcelero de un rey fué considerado el mas digno de serlo del papa.

Deseábase saber cómo recibiria el emperador la noticia del sacrilego asalto y saqueo de Roma, escándalo de la cristiandad, cometido sin orden suya, pero perpetrado por tropas imperiales y por generales que proclamaban su nombre, y ejecutado por soldados católicos, precisamente cuando se acriminaba á Lutero y á los sectarios de la reforma sus desacatos y desmanes. La política que en esta ocasion adoptó Carlos V. pareció el tipo de la que á su tiempo habia de seguir constantemente el primer hijo que le acababa de nacer. Carlos se mostró esteriormente muy apenado por aquel triste suceso. Escribió al pontífice dándole el pésame, y asegurándole de su cariño y ofreciéndole su amistad. Se vistió él, é hizo vestir á la corte de luto; mandó suspender los festejos públicos que se celebraban en España por el nacimiento de su hijo Felipe, diciendo que un pueblo cristiano no debe alegrarse cuando su pastor está encadenado; y ordenó que en todas las iglesias de sus dominios se hicieran rogativas públicas por la libertad del Santo Padre. Publicó además un manifiesto á todos los príncipes cristianos deplorando la catástrofe de Roma y la prision del papa, condenando las iniquidades cometidas por los suyos, protestando haberse hecho todo sin su voluntad ni consentimiento, y haberlo sabido

con grande amargura, y declinando todo cargo y responsabilidad por tan infausto y abominable suceso (1).

Pero el soberano que mandaba hacer procesiones y rogativas públicas por la libertad del papa, no le redimia del cautiverio, y el que tanto lamentaba la prision del pontífice no daba orden á sus generales para que le sacáran de ella; atento, como habia hecho con Francisco I., á sacar el mejor partido que le fuese posible de su cautividad.

La muerte de Borbon fué tan sentida por el emperador como celebrada en Francia, donde por sentencia del parlamento fué anatematizada su memoria y borrado perpétuamente su nombre y rayadas las armas de su casa. Todas las circunstancias que concurren en el saqueo de Roma fueron tales, que no es maravilla que tan terrible acontecimiento fuera mirado como un rayo de la cólera divina, y como un castigo providencial. Tampoco extrañamos que la odiosidad de la Europa católica alcánzara á Carlos V. por mas que él se sincerára. Ello es que la Italia entera pareció salir de su estupor para unirse por primera vez contra el príncipe de quien eran súbditos los saqueadores de Roma, y que la Francia y la Inglaterra, no obstante las protestas y las proposiciones de Carlos, se confederáran formalmente (18 de

(1) Tenemos á la vista una copia de este documento, sacada del Archivo de Simancas (Estado, Leg. núm. 4554), escrito en latin, y fechado en Valladolid á 31 de julio de 1527, no á 2 de agosto, como dice equivocadamente Sandoval.

agosto) para rescatar al papa y á los dos príncipes franceses que estaban en poder del emperador, y para reponer á Sforza en el ducado de Milan, conviniendo en que pasaria á Italia un ejército francés al mando de Lautrec, costeado por la Inglaterra. Lo cual nos deja ya entrever otra nueva guerra europea, en que habrá de verse envuelto el emperador.

CAPITULO XIII.

GUERRAS DE ITALIA.

TRATADO DE CAMBRAY.—LA PAZ DE LAS DAMAS.

1527.—1529.

Nueva alianza de príncipes contra Carlos V.—Tratado y liga de Amiens.—Triste situación del pontífice.—Mas horrores y calamidades en Roma.—Muerte del virey Lannoy—Ejército francés en Italia; Lautrec; sus primeros triunfos y reconquistas—Tratos del papa con Carlos V.—Fúgase el pontífice de la prisión.—Embajadores de Francia y de Inglaterra en España: proposiciones y contestaciones.—Declaración formal de guerra.—Desafío personal entre Francisco y Carlos V.—Conducta de cada soberano en este negocio y su resultado.—Marcha de Lautrec y los franceses sobre Nápoles: bloqueo de esta ciudad.—Comportamiento de los generales del imperio.—Muerte del virey Moncada en combate naval: el marqués del Vasto prisionero.—Miserable situación del ejército francés frente de Nápoles: hambre, peste, abandono de los aliados.—El famoso almirante genovés Andrea Doria: deja el servicio de Francia y pasa al del emperador: consecuencias.—Muerte del mariscal Lautrec.—Prisión y muerte del marqués de Saluzzo: completa destrucción del ejército francés en Nápoles.—Destrucción de otro ejército francés en Milan por Antonio de Leiva.—Tratase de una paz general.—Concierto entre el papa y el emperador.—Tra-